

tante, con su acostumbrada gracia: «Si Dios hubiera dispuesto que él (San Francisco de Sales) y la Madre de Chantal, con todas las personas que en París la amaban, pudiesen vivir juntas, ¡oh qué cosa tan dulce sería! Pero ¡qué remedio! *Nuestras montañas echarían á perder á París si estuviesen dentro de él, y París ahogaría nuestros valles si estuviera situado en medio de ellos.* Sólo en la eternidad estaremos todos juntos.» Y no revocó la orden dada á la Madre de Chantal de venir á reunirse con él.

Esta no lo deseaba menos que el Santo. Pero circunstancias imprevistas dilataron su partida hasta principios del año 1622. Antes de salir pidió á San Vicente de Paúl que hiciese la visita del monasterio, el cual edificó á las Hermanas tanto como éstas le edificaron, sobre todo—decía—por el espíritu de devoción, mortificación y cordial unión que brillaba en todas las almas. Entonces renunció la Santa su autoridad en manos de éste, porque el tiempo de su superioridad iba á terminar, y por otra parte, se acercaba el momento de su partida, por lo que, reunidas canónicamente las Hermanas, eligieron por Superiora á la Madre Ana Catalina de Beaumont, que la Santa había traído de Annecy en su compañía, que había sido durante aquellos tres años asistente y maestra de novicias, y que poseyendo con una verdadera virtud mucha firmeza y un buen juicio, era una de las mejores Superiores que tenía entonces la Visitación. La Madre de Chantal le dejó la casa en muy buen estado, pagada y amueblada, con dos mil trescientas dieciocho libras de renta, diecinueve profesas y muchas buenas novicias. El 22 de Febrero, Rolando, mayordomo de San Francisco de Sales, enviado por el Santo Obispo para acompañar á las Hermanas, llegó á París, y fué preciso que Madre é Hijas se resignasen á tan dolorosa y temida separación.

Se nos han conservado las palabras que para despedida dijo la Madre de Chantal á sus Hijas reunidas en

capítulo. «Os ruego—les dijo,—mis queridas Hijas, que seáis muy humildes, bajas y pequeñas á vuestros ojos, estando muy contentas de que os tengan por tales, y os traten, por consiguiente, como tales. Las demás Ordenes tienen grande estimación de su Instituto; cada uno piensa que es el mayor; pero nosotras, por el contrario, debemos tenernos por las menores y más pequeñas, y lo somos verdaderamente, habiendo venido las últimas á la Iglesia de Dios... Acordaos de que la obediencia es la hija mayor de la humildad, y por lo tanto, os exhorto á ella con todo mi corazón. Obedeced en todas las cosas, mis muy queridas Hijas, á Dios en la observancia de vuestras reglas; á Dios en vuestros superiores; á Dios en la tranquila aceptación de los acontecimientos que la Providencia ordene. Y os suplico, amadas Hijas mías, que no olvidéis estas últimas palabras, porque si los hijos del mundo observan las que oyen decir á sus padres cuando mueren, ¿con cuánta mayor razón deberemos observar nosotras las que se nos dicen en la religión? No obstante, yo no me muero—añadió viendo que las Hermanas se enternecían,—pero ¡ojalá que la práctica de estas virtudes me haga morir, y á vosotras también, con una muerte que nos dará la vida eterna!»

La Santa trató de anudar el hilo de su discurso sobre la humildad y la obediencia, pero los sollozos la interrumpían á cada instante. «Mis queridas Hermanas—las dijo no atreviéndose ya á llamarlas Hijas,—mi partida no debe ya afligiros tanto, y sólo debéis decir á Dios: Vos nos la habíais dado, y nosotras os la devolvemos ahora. Vuestra es, Señor; serviros de ella aquí ó allí, y en todo y en todas partes, como os agrade; y si fuese vuestra voluntad que os fuese á servir al cabo del mundo, y os agradase que la lleváramos nosotras mismas, lo haríamos de muy buena gana. Sí, Hermanas mías; es menester estar prontas á esto, y decir: «¡Oh Dios mío; os la devolvemos; y cuando gustéis dárnosla

de nuevo, diremos como ahora: ¡Bendito seáis! Adiós, pues, mis muy queridas Hijas; os ruego que seáis siempre pequeñas y humildes, que améis siempre el desprecio, la mortificación, el abatimiento de vosotras mismas, y todo lo que pueda haceros pequeñas á los ojos del mundo. Y ¡qué! Dios que es tan grande, se ha hecho pequeño por nuestro amor, y nosotras, que somos sus siervas, ¿no querremos hacernos pequeñas á imitación suya? Querido Salvador mío; os recomiendo estas almas que me habéis entregado, y pido humildemente perdón á vuestra Majestad de las faltas que he cometido en su servicio con mi mal ejemplo. Os suplico, Hermanas mías muy queridas, me perdonéis y pidáis á la divina Bondad por mi enmienda. Señor, vuestras son; bendecidlas con vuestra bendición eterna; yo las entrego en vuestras manos; guiadlas, Dios mío, según el orden de vuestra Providencia. Hacedlas muy obedientes á vuestro beneplácito, á sus reglas y Constituciones y á los mandatos de sus superiores, muy flexibles y condescendientes con sus iguales é inferiores, y muy amantes del menosprecio. Haced, Salvador mío amadísimo, que en todo lo que hagan traten de anonadarse á sí mismas, para glorificaros á vos. Sí, mis muy queridas Hijas, creedme: Dios quiere sacar su gloria de vuestra humildad. Vuestro brillo es no tenerlo; vuestra grandeza es vuestra pequeñez. Tratad de ser pequeñas á vuestros ojos, y procurad serlo también en la estimación del mundo. Santísima Virgen, Madre de mi Salvador y mi Señor, estas hijas son vuestras hijas; tomadlas bajo vuestra protección, presentadlas á vuestro querido Hijo, y protejed sus corazones para que le sean agradables. Adiós, hijas mías queridas; os dejo sin dejaros; os doy la bendición con todo mi corazón, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (1).

(1) El Sr. de Maupas (*Vida de la santa Madre de Chantal*, en 4.º, pá-

Dichas estas palabras, la venerable Madre de Chantal empezó á despedirse abrazando á todas las Hermanas; las lágrimas corrian de todos los ojos. «Aliviad vuestros corazones—decía,—aliviad vuestros corazones, pero estad firmes en los brazos de Dios y conformes con su beneplácito.» Todas las Hermanas la acompañaron hasta la puerta, donde esperaban dos carruajes. Llevaba en su compañía á la joven Hermana Gaspara Davise, que San Francisco de Sales había enviado recientemente de Annecy, y cuatro Hermanas de París, las más ricas y mejor dotadas, para darlas á los monasterios de Bourges y Nevers, que estaban muy pobres.

Al salir de París la venerable Madre de Chantal, fué primeramente á Maubuisson á pagar la visita prometida á la Madre Angélica, y ésta y sus religiosas la recibieron con muestras de la más viva alegría. Estuvo allí cuatro días; habló á todas las Hermanas en público y en secreto, y las excitó á proseguir animosamente la obra difícil de la reforma. Estas, llenas de entusiasmo y mirándola ya como una Santa, la hacían cambiar de servilleta á cada comida para conservarlas como reliquias, y habiéndola sangrado en el monasterio, empañaron lienzos en su sangre.

Maubuisson está á muy corta distancia de Pontoise, adonde el sepulcro de la bienaventurada María de la Encarnación, que había muerto hacía cuatro años, atraía ya muchos peregrinos. La venerable Madre de Chantal no había conocido nunca á esta gran sierva de Dios, pero había oído hablar mucho á San Francisco de Sales, quien la había hecho participar de los senti-

gina 188), da la relación de esta despedida de la Madre de Chantal, pero arreglada, compuesta, desconocida y mucho menos tierna. Lo que hay menos coordinado en las palabras de la Santa, resultado de la emoción, le ha parecido contrario á las reglas del arte, y ha tratado de ponerlo en orden. No ha conocido que ganando en retórica ha perdido mucho en ternura. Nosotros hemos restablecido pura y sencillamente el texto primitivo, según un manuscrito contemporáneo.

mientos de admiración que le habían inspirado la humildad y pureza de esta alma privilegiada. Como Maubuisson no distaba sino pocas leguas de su sepulcro, quiso ir á él en peregrinación. Las Carmelitas la recibieron con tanta cordialidad, que le parecía—escribe—estar en una casa de Santa María. Por su parte, estas fervorosas religiosas decían en alta voz que creían tener en su casa á su Madre Santa Teresa.

Por ir á Pontoise á venerar las reliquias de la bienaventurada María de la Encarnación, la Madre de Chantal se alejó bastante de su camino; volvió, pues, atrás, y apresurando su viaje llegó á Orleans el 3 de Marzo de 1622. Allí se la esperaba con impaciencia, porque el monasterio, sostenido por la energía y virtud de la Madre de la Roche, se debilitaba, no obstante, á causa de grandes dificultades. La Madre de Chantal animó vivamente á las Hermanas á la perseverancia, las hizo ver el valor de los sufrimientos, sobre todo en los principios de un monasterio, y las dejó á todas llenas de generosidad y de deseos ardientes de sacrificarse por Dios. Aquí, como en Maubuisson, las Hermanas recogieron como reliquias todo lo que le había servido, y aun hoy día conservan una servilleta, un hábito y un velo que usó la venerable sierva de Dios. Visitó también á los principales de la ciudad, y se principiaron á ver desde luego los efectos del ascendiente y poder que tenía sobre las almas, y cuyas maravillosas pruebas nos dará la serie de esta historia. El mismo Obispo de Orleans, desengañado ya de sus preocupaciones, apenas pasaban dos ó tres días sin que fuese al monasterio, acusándose humildemente de haber desconocido largo tiempo la obra de Dios. La Madre de Chantal accedió antes de salir de Orleans á las instancias de las principales casas religiosas, porque en todas deseaban verla y hablarla. En el convento de las Benedictinas, en particular, le hicieron velar toda la noche estas piadosas religiosas por el

afán de hablarle de su interior, y aprender de esta venerable Madre las máximas religiosas que deseaban practicar.

Desde Orleans pasó la Madre de Chantal á Bourges. A las dificultades que resultan de la pobreza, dificultades que entonces eran comunes á casi todas las casas de la Visitación, se juntaba en Bourges otra nueva dificultad excesivamente rara, y con la que no se tropieza quizá dos veces en los primeros tiempos del Instituto. Era el gobierno de una Superiora incapaz, aunque fuese una santa verdadera: la Madre Ana María Rosset. Ya en 1619 San Francisco de Sales, de paso por Bourges, había notado el fervor de las religiosas y la incapacidad de la que las gobernaba, y se había apresurado á decirselo á la Madre de Chantal. «Para deciros la verdad—le escribe—encontré á la pequeña y pobre Madre Rosset tan debilitada de cuerpo y tan decaída, que me parece será necesario quitarle la carga que lleva encima. Esta pura paloma es más propia para vivir con su amado en el agujero de la piedra de una celda, que para tratar con los hombres. Todos admiran su virtud, pero á ninguno gusta su modo de gobernar.» Por consecuencia de esto, los dos Santos fundadores habían enviado inmediatamente á Bourges á una Hermana excelente, la Madre Francisca Gabriela Bally, con el encargo de ayudar y suplir en cuanto fuese posible á la superiora. Esta determinación, tomada á medias, no tuvo más éxito que el que generalmente tienen semejantes medidas. Apenas llegó la Madre de Chantal, comprendió la necesidad de obrar con más energía; declaró, pues, á la Madre de Rosset, que era necesario renunciarse una autoridad que no sabía desempeñar; mandó se hiciese elección, recayendo ésta en la Hermana Gabriela Bally, y descargada de la superioridad la Madre Rosset, le mandó partir al instante, y que fuese con la Hermana Gaspara Davise á esperarla en Borgoña, en Alonne, en casa de la señora

de Toulongeón. En circunstancias tan desagradables, la Madre Ana María Rosset no desmintió su gran reputación de virtud. No dijo una palabra ni dió la menor señal de disgusto. Sólo sintió un momento de tristeza, no cuando fué necesario dejar el mando, sino al separarse de sus queridas Hermanas de Bourges; y aun entonces, diciéndola la Madre de Chantal viva y severamente como acostumbraba con las almas fuertes: «Hija mía, despreciad todas estas cosas, y mirad á Dios solamente,» bajó su cabeza al instante, y se preparó á salir para Alonne (1).

La Santa, por su parte, salió para Nevers dejando el monasterio de Bourges lleno de fervor, con una excelente superiora, veinticinco profesas, buenas novicias, y con algo menos de pobreza (2), porque como hemos dicho, había traído de París dos profesas muy ricas, que dió juntamente con su dote al monasterio de Bourges.

El monasterio de la Visitación de Nevers esperaba con impaciencia á la venerable Madre de Chantal, porque sentía más que ningún otro las duras necesidades de las cosas que principian. Pobreza, abandono, falta de novicias, desprecios y persecuciones aun de las mismas casas religiosas; nada faltaba á su corona de espinas. La Santa Madre se detuvo algunos días en Nevers, animó á sus hijas, les dijo en su varonil lenguaje lo que San Francisco de Sales les escribía en su estilo gracioso: que no se desanimasen, que no temiesen ni las burlas, ni las calumnias; que no respondiesen nada; que á la verdad, las religiosas que se burlaban de las Hijas de Santa María eran más que éstas; pero ¿acaso en el cielo desprecian los serafines á los ángeles? Que verdaderamente su Instituto era muy pequeño, pero que por

(1) *Las vidas de muchas Madres superiores de la Orden de la Visitación.* Ancey, 1683, en 4.º, pág. 10.

(2) *Historia manuscrita de la Visitación de Bourges.—Vida de la Madre Ana María Rosset.*

esto mismo le aborrecía el diablo, porque este espíritu soberbio aborrece la pequeñez, que sirve á la humildad; en fin, que su Instituto era muy pobre, pero que Jesucristo había nacido en un pesebre y murió desnudo en una cruz, y que así tuviesen valor y confianza en Dios. La Madre de Chantal visitó en seguida á algunas de las personas notables de la ciudad, y por su gran reputación consiguió algún favor para la Visitación de Nevers, dejando á la virtud y al mérito de la Madre Paula Jerónima de Monthouz el cuidado de hacer lo demás.

De Nevers fué la Santa á Moulins, donde se detuvo poco, porque la casa florecía bajo el gobierno de la Madre de Brechard; y de allí se dirigió hacia Alonne, donde había citado á las Hermanas que San Francisco de Sales debía enviarla para fundar un monasterio en Dijón (1).

Cuando la Santa llegó á la villa de Alonne, Dios, que ama á los humildes, lo manifestó de un modo brillante. La buena Hermana Ana María Rosset, que fué tan humillada en Bourges, apenas llegó á la villa de Alonne cuando la colmó Dios de gracias extraordinarias. Un día en particular, orando en la capilla del castillo, fué de repente arrebatada en éxtasis; sus pies se levantaron del suelo, quedando suspendida á una altura bastante grande. Por casualidad la señora de Toulongeón estaba en la capilla; después de haberla contemplado con admiración, salió apresuradamente, corrió todo el castillo, llamó á sus criados, á sus parientes y renteros para que viesen el prodigio, teniendo todos tiempo para ello, porque el éxtasis duró dos horas enteras (2).

No se puede explicar la alegría con que la señora de Toulongeón recibió á la Santa Madre; se arrastró de ro-

(1) Carta del 23 de Abril de 1622.

(2) *Vida de las primeras Superiores.* La Madre Ana María Rosset, pág. 20.

dillas para recibirla, viendo ya una Santa en su Madre, á quien colmó de caricias. La bienaventurada pasó poco tiempo en el castillo de Alonne, y apenas llegaron las Hermanas de Annecy salió para Dijón, donde tenía prisa de llegar.

Dijón era su patria. Allí había sido regenerada por el santo bautismo, é iniciada, por una admirable y cristiana educación, en el conocimiento y amor de Jesucristo; allí había principiado, después de la muerte de su esposo, una vida de mayor recogimiento y de unión más íntima con Dios; allí había encontrado al Santo Obispo de Ginebra, había sentido nacer en su mente las ideas de una vocación superior, y había, en fin, grabado en su pecho el santo nombre de Jesús, dejando al mundo admirado con el heroísmo de sus sacrificios, y cumpliendo la palabra del divino Maestro: «Si alguno deja á su padre ó á su madre, á sus hermanos y hermanas, por amor mío, le daré el ciento doblado de hermanos y hermanas.» Y cuando ya Dios había cumplido su palabra, y la rodeaba un gran número de hijas y hermanas espirituales, ¿podía no desear volver á su patria á establecer en ella una casa de su Orden? Hacía diez años que lo deseaba y pedía á Dios esta gracia cada día; pero hacía diez años también que este proyecto encontraba en el Parlamento de Dijón invencibles obstáculos. Fuese por rencor al virtuoso Presidente, al cual no perdonó nunca el Parlamento su admirable conducta, fuese por otros motivos, los magistrados no querían consentir en que se estableciesen allí las Hijas de la Madre de Chantal. En vano el Presidente Odeberto, tan célebre en Dijón por su inagotable caridad, multiplicaba sus esfuerzos para disipar las preocupaciones de los magistrados sus cohermanos; en vano, á consecuencia de algunas muertes repentinas, que habían arrebatado á muchos magistrados muy opuestos á la erección del monasterio, había exclamado en pleno Parlamento: «Es inútil que el hom-

bre trate de oponerse á los designios de Dios; porque cuando Él quiere una cosa, cambia en medios los más fuertes obstáculos. Estas muertes repentinas que deploramos, lo dicen muy alto.» El Parlamento, no obstante, permaneció inflexible en su negativa.

Dios había decidido en sus eternos designios, que dos doncellas de humilde cuna y sin caudal, hicieran, á pesar del Parlamento, lo que éste hubiera debido tener á honra ejecutar. María Bertot era una humilde y piadosa joven, de quien Dios se había servido ya para fundar una casa de Ursulinas en Dijón: comunicó su proyecto á una de sus parientas, Clara Parise, hija de un procurador del Parlamento de Dijón, tan piadosa como ella y casi tan pobre; y las dos, con esa sencilla confianza de la juventud, ó mejor con esa invencible confianza de la fe, decidieron entre sí el establecimiento de la casa.

Rechazadas por el Parlamento marcharon á Paris, logrando penetrar hasta la presencia del rey Luis XIII, y alcanzaron una cédula real para la erección del monasterio. Disgustado el Parlamento con estos pasos, y á fin de eludir el registrar la real cédula, remitió las suplicantes á los abogados y procuradores del Rey, y éstos al alcalde y regidores de la ciudad, que animados del mismo espíritu de oposición, decidieron que antes de pasar adelante, deberían las suplicantes dar como fianza una suma de cuarenta mil libras. Las dos pobres jóvenes no tenían casi para vivir más que su aguja; esto se sabía, y se intentaba con esta medida echar tierra al negocio, mostrando, sin embargo el mayor respeto al decreto del Rey. Pero estas humildes doncellas, que habían encontrado en su fe el valor suficiente para llegar hasta el rey Luis XIII, no titubearon, y se comprometieron á pagar en poco tiempo la suma de cuarenta mil libras: contaban con Dios, y Dios no les faltó. Una santa viuda, la presidenta de Le Grand, vino en

su ayuda. «Y qué—exclamó,—sabiendo las condiciones que se ponían al nuevo establecimiento, ¿no sabrá ó no podrá Dios encontrar fianzas en esta ciudad? Pues bien, yo la daré.»

Todos estos obstáculos dilataban la venida de la Santa, y hacían que se la desease más y se le preparase un triunfo, que fué verdaderamente brillante. El pueblo, que tiene el sentimiento íntimo de las cosas grandes, fué en tropel á recibir á la Santa; los comerciantes y los artesanos cerraron sus tiendas, y hubo en las calles tales aclamaciones y tanta multitud de pueblo, que según la Madre de Chantal, «ni se sentía ni se oía rodar el carruaje. Parecía que estas buenas gentes le llevaban en brazos.» Así se tardó mucho tiempo en andar muy poco trecho, porque era imposible penetrar por entre la gente. Esta es la primera ovación solemne que recibió esta mujer ilustre, destinada á recibir otras muchas; y era justísimo que se la ofreciese en su propio país.

Al entrar en la casita alquilada por las señoritas Bertot y Parise para empezar la fundación, la Madre de Chantal dijo en alta voz: «Este nuevo monasterio está destinado á honrar la vida oculta de Jesús, María y José en la casa de Nazaret;» palabras que manifiestan los sentimientos de su alma durante esta ovación. Por la tarde, después que recibió á las autoridades de la ciudad, un inocente tropel de doscientos aldeanos de los alrededores de Dijón vino á dar la bienvenida á la Santa, la cual agradeció tantó su cordial sencillez, que hizo venir á las Hermanas á un gran patio y las mandó levantar el velo para recibir con más afabilidad esta nueva visita. Trató con mucho afecto á aquellas buenas gentes, y después que les dijo algunas santas palabras para exhortarles á vivir en el temor de Dios y á ganar el cielo trabajando en la tierra, los despidió, no sin que llevasen su bendición, porque se pusieron de

rodillas, y no quisieron levantarse hasta que se la dió (1).

La casa se bendijo al otro día por el Sr. Abate Fiot, Vicario general del Ilmo. Sr. Zamet, Obispo de Langres, á cuya diócesis pertenecía antes Dijón. La Madre de Chantal había traído consigo seis religiosas, para que fuesen los primeros elementos de la fundación; pero la Borgoña no debía tardar en enviarla nuevas Hijas. La primera fué Clara Parise, que tanto había trabajado para la fundación de la casa, y á quien la Santa tenía en tanta estimación, que recomendó á la maestra de novicias no le escasease las pruebas, porque era capaz de los mayores sacrificios. Su amiga María Bertot no entró con ella en la Visitación; Dios la condujo dos meses después á San Juan de Losne, en donde fundó un hospital para los pobres, que subsiste aún, muriendo allí santamente. La segunda novicia que recibió el velo de mano de la Madre de Chantal fué la venerable viuda, señora Presidenta Le Grand, de quien hemos hablado. Tenía setenta y cuatro años, pero su corazón era joven y lleno de amor divino. Nada era bastante bajo ni bastante humilde para ella; y los días que pasaba sin humillación y sin dolor, le parecían tan penosos, que se quejaba amorosamente á Dios. «¡Ay, Dios mío—decía—¿qué os he hecho yo para que no os hayáis dignado visitarme hoy?» A fin de satisfacer su piadosa ansia de humillaciones, se le había encargado el cuidado del jardín, y pasaba todo el día escardando y cogiendo las yerbas, que llevaba á las Hermanas domésticas con una humildad que las encantaba. El Ilmo. Sr. Zamet, conmovido al ver entre trabajos tan humildes á una mujer de tan alto rango en el mundo, le preguntó un día si no le fatigaban mucho tan penosos ejercicios. «¡Oh, Ilmo. Señor—respondió,—cuando veo á la Madre

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. II, cap. XIII.